Hipnosis La Colonia



David Fernández Rivera

Visión Libros

HIPNOSIS

La Colonia

David Fernández Rivera

Vision Libros

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas de las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

© 2011 HIPNOSIS. La Colonia
David Fernández Rivera
Diseño y fotografía de portada:
David Fernández Rivera
© 2011 Editorial: Vision Libros
C/ Magnolias 35 bis 28029 Madrid. España
Web: www.visionlibros.com Tel: 0034 91 3117696

ISBN: 978-84-9011-239-7
Descargado de: www.visionlibros.com

Disponible en papel y ebook
www.visionlibros.com
www.terrabooks.com

Pedidos a:
pedidos@visionnet.es

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de nuestro grupo editor envíe un correo electrónico a:
subscripción@visionnet.es

PRÓLOGO

"Hipnosis"/"La Colonia". *El sueño letal de millones*

Argumento

Las ciudades modernas, las sociedades que las rigen, son cada vez más perfectas maquinarias represivas y alienantes. Esta tesis ha sido ampliamente desarrollada por pensadores como Rousseau o Thoureau, por novelistas como Bradbury u Orwell, cantada por poetas como Lorca en *Poeta en Nueva York* o Dámaso Alonso en *Hijos de la ira*. Del estado del hombre sensible en este mundo dejó un tétrico testimonio Ciorán en su obra *En las cimas de la desesperación*. Vivimos ya en ese *Mundo feliz* anunciado por Huxley, falso paraíso donde la libertad y el arte han sido secuestrados o desterrados y donde se premia lo igual, aquello capaz de integrarse en la masa... y hacer funcionar

la maquinaria letal del llamado progreso, que no es más que el enriquecimiento ciego de unos pocos en detrimento de millones que mueren de hambre o de indigencia intelectual, engañados con la falsa aportación moral del capitalismo y de su hijo más perfecto: la globalización.

En *Hipnosis*, el poeta David Fernández Rivera muestra la cara más grotesca y plástica de la medrosa sumisión al Poder que destruye nuestra identidad, transfigurándonos, con su mentira física, en otra cosa que no somos nosotros. Las máscaras, que todos llevamos frente a los demás y frente a nosotros mismos —de las que tanto ha hablado la psicología—, hasta qué punto en algún lugar del aire no son reales? Su textura, su malignidad asfixiante, su forma ocupando espacio...

Las caretas con las que nos obliga la sociedad a fingir, a asumir un papel con el que ser aceptado por los demás, por el grupo, en definitiva, a ser clones en una suerte de colonia constituida por millones de seres sin alma.

El protagonista de *Hipnosis*, Bruno de la Vega, es un antiguo obrero de la construcción de la Colonia. La Colonia es una alegoría de nuestro mundo moderno: casas y casas, edificios y edificios, rascacielos y rascacielos donde habitan hacinados millones de seres ciegamente obedientes al poder establecido, con un único fin: arañar su porción de libertad, en forma de reducido espacio entre cuatro paredes, la licencia oficial para juntarse con su

pareja, los salvoconductos en forma de papel y hierro con los que adquirir los alimentos básicos y los recursos elementales que la Tierra nos regala a todos y que, hoy, están sólo en manos de unos pocos que especulan fieramente con ellos.

Bruno ha descubierto la farsa de la feliz Colonia, ha despertado y visto la máscara de gas que cubre por completo su cabeza, también las máscaras de los demás, así como todo el plástico, filtros y demás accesorios horribles que ocultan la verdadera identidad de cada habitante. Nadie percibe su propia máscara ni ve las de los demás, en este escenario en que viven, armagedónico, pesadillesco, triste hasta el hartazgo. Estaríamos ante el despertar kafkiano de Gregorio Samsa pero en un mundo en que todos somos cucarachas. En la Colonia todos llevan máscaras antigás, simbolizantes de los constreñimientos y sectarismos sociales así como la protección inconsciente frente al incendio del mundo natural, que agoniza. Bruno de la Vega fue uno de los obreros de la Colonia, y uno de los que libró "en el último piso del barracón escolar la última batalla". O sea, que ese mundo de (falsas) libertades ni siquiera se levantó ni instauró alegremente, sino con sangrientas luchas. En la casa de Bruno hay una inquietante acumulación de bombonas de gas con distintos tamaños y utilidades insospechadas, se vislumbran extraños submundos como una especie de cementerio constituido, entre otras imágenes de ultratumba, o de ultrapoesía (no olvidemos en ningún momento que estamos ante las

visiones de un poeta), de representaciones tétricas de soldados sin cuerpo, chaquetas de militares montadas sobre espadas en pie estrechadas sus cinturas como cuerpos de avispas.

Bruno es incapaz de quitarse la camisa de fuerza que lo faja y no puede ponerse en pie de la silla de ruedas que limita su movimiento. Él sabe que todo eso es mental, todo lo que siente, lo que le rodea quitándole hasta el aire respirable, que él fue claudicando poco a poco ante todas esas correas y mordazas que la sociedad fue colocando en su persona hasta convertirlo en un inválido, pero ya no puede liberarse: pasó demasiado tiempo atado. Como —volviendo a la metáfora kafkiana— la horrible sensación tan real de Gregorio Samsa, sintiéndose la cucaracha panza arriba, notando sus múltiples patas moviéndose enloquecidas, su cuerpo duro quitinoso, sus brillos negros.

Más allá de la Colonia, el bosque arde. Y por arriba de la ciudad, la cóncava forma de una gigantesca bombona de gas, cubriéndola: la ciudad inmensa dentro de una ciclópea bombona de gas, y el fuego del campo desterrado por la propia Colonia, avanzando hacia ella.

Junto a Bruno vive su hermana María, quien frecuentemente transporta alegremente cajas cuyo contenido ella estima inofensivo —trabaja en las labores de la Colonia—, pero que en realidad están llenas de fusiles, de dinamita. La Colonia como una suerte de antihormiguero: unidos y matándonos. Y

todos, sin excepción, trabajando sin saberlo para la destrucción del planeta. Toda la obra representa a seres que creen hacer una cosa cuando en realidad están haciendo otra muy distinta, que creen ser algo cuando son lo contrario.

El maya, de los budistas: la realidad se levanta de un material muy fino y delicado, como humo, que varía físicamente en función de la mirada del observador: nada es como es sino como se percibe. La psicología de la percepción moderna: la realidad que nos circunda no es la misma para dos personas que dicen ver una misma cosa. Ante un accidente de tráfico, distintos observadores darán distintos testimonios, de la ubicación del incidente, del número de personas implicadas y hasta de los colores de los vehículos.

A la casa de Bruno llega una carta, de la Asociación Antropológica. Un grupo de jóvenes estudiantes quiere saber, a través de los antiguos constructores de la Colonia, cuál fue la esencia y la forma de la gesta y de los héroes que colaboraron y lucharon por este mundo moderno y perfecto.

Pero Bruno está arrepentido de haber sido uno de ellos, abomina de las vidas de todos los alegres obreros y de la suya propia.

A partir de este momento todo comienza a complicarse alarmantemente hasta desembocar en un final inesperado y abrumador. En el caos emocional, la identidad de Bruno se bifurca y aparece un nuevo personaje: Alter Ego. Y una

misteriosa dama blanca, alta, bella; señala un camino.

Historia de una idea

Rivera, como literato, desarrolló esta tesis de las ciudades como cárceles y lugares de muerte de lo creativo y lo humano en algunos de los libros de su extensa producción. Concretamente en la trilogía poética que comienza con *Alambradas*, sigue en *Sáhara* y concluye en *Ágata*.

También en su obra de teatro *Alambradas*, Rivera desplegó este universo denunciante del cemento, las paredes, las cancelas y las normas de nuestra "colonia", con notable éxito en España, con presencia de sus representaciones en las principales capitales. El cartel anunciante de la obra contenía un texto que decía: "¿Ven tus ojos las rejas? Están por todas partes. Déjanos mostrártelas... con antorchas de fuego, danzas con cuchillos, arte, luces y libertad... y escapa con nosotros." *Alambradas* constaba, como se ve, de una escenografía en que el fuego —antorchas, estallidos de luces y hasta fuegos flotantes en el aire— era el protagonista estético. El fuego y los hierros afilados, símbolos del peligro latente en el mundo, de la vida y la muerte en cada cosa, sobre todo del peligro latente en nosotros mismos como constructores de la realidad circundante, de nuestro Cielo o de